

C.L. TAYLOR

LOS CONFINES DEL SILENCIO



Duomo ediciones

Edición no venal

© 2014 por C.L. Taylor

© de esta edición, 2014 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.,
Milán

Todos los derechos reservados

Duomo ediciones es un sello
de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. del Príncep d'Astúries, 20. 3.º B.
Barcelona, 08012 (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

Código IBIC: FA

Diseño de interiores:
Agustí Estruga

Composición:
Grafime. Mallorca 1. Barcelona 08014 (España)

www.grafime.com

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

CAPÍTULO I

22 de abril de 2112

COMA. HAY ALGO inocuo en esta palabra, casi tranquilizador por el hecho de evocar la imagen de un sueño sin sueños. Sólo que no me da la impresión de que Charlotte esté durmiendo. No hay ningún peso suave en sus párpados cerrados. No veo su mano cerrada contra su sien. De sus labios levemente entreabiertos no sale ningún aliento cálido. No hay nada apacible en la inmovilidad de su cuerpo postrado en la cama sin edredón, de su garganta brota un tubo transparente de traqueotomía y tiene el pecho tachonado de electrodos multicolores.

El electrocardiógrafo del rincón emite pitidos rítmicos, señalando el paso del tiempo como un metrónomo médico. Cierro los ojos. Si me concentro con fuerza suficiente puedo transformar estas palpitaciones antinaturales en el tictac tranquilizador del reloj de péndulo que tenemos en la sala de estar. En un instante desapa-

recen quince años y vuelvo a tener veintiocho, acuno a Charlotte sobre mi hombro, su cara soñolienta hundida en el hueco de mi cuello, su diminuto corazón latiendo más aprisa que el mío, incluso cuando duerme. Entonces era mucho más fácil cuidarla.

–¿Sue? –Siento una fuerte mano en el hombro que me devuelve a la desnuda habitación del hospital. Entre mis brazos ya no hay nada, solamente el bolso de mano que aprieto contra el pecho–. ¿Te apetece un té?

Niego con la cabeza pero cambio de idea inmediatamente.

–En realidad sí. –Abro los ojos–. ¿Sabes qué me sentaría bien? –Brian dice que no con la cabeza–. Uno de esos panecillos de frutos secos que venden en Marks & Spencer.

Mi marido parece confuso.

–No creo que tengan en la cafetería.

–Ah. –Desvió la mirada, finjo estar desilusionada y me lo reprocho al instante. No es propio de mí manipular a los demás. Eso creo, por lo menos. Hay muchas cosas que ya no sé.

–No te preocupes. –Vuelvo a sentir su mano. Esta vez hay además un apretón de seguridad–. Puedo acercarme a la ciudad. –Sonríe mirando a Charlotte–. ¿No te enfadarás si te dejo un rato sola con tu mamá?

Si nuestra hija hubiera oído la pregunta no habría dicho lo que sentía. Me esfuerzo por sonreír y respondo por ella.

–Estará perfectamente –digo.

Brian vuelve a mirar a Charlotte y luego otra vez a mí. La expresión de su cara es inequívoca: es la misma expresión de desdicha que puede verse en la mía desde hace seis semanas cada vez que me aparto de Charlotte: es terror a que muera en el instante mismo en que salimos de la habitación.

–Estará perfectamente –repito, esta vez con más suavidad–. Yo estoy aquí.

Brian relaja un poco la tensión de los músculos y asiente con la cabeza.

–No tardaré.

Lo miro mientras cruza la habitación y cuando se va cierra la puerta despacio, produciendo un leve clic. Dejo de abrazar el bolso y lo apoyo en el regazo. Sigo mirando la puerta durante lo que me parece una eternidad. Brian nunca ha sido capaz de salir sin volver corriendo para recoger las llaves, el teléfono o las gafas de sol, o para hacer una «pregunta rápida». Cuando me convengo de que se ha ido, vuelvo a mirar a Charlotte. Espero a medias ver un temblor en sus

párpados, un movimiento en sus dedos, un indicio cualquiera de que se da cuenta de lo que voy a decir; pero no ha cambiado nada. Aún sigue «dormida». Los médicos no saben cuándo despertará, ni siquiera si despertará. La han sometido a multitud de pruebas –tomografías, resonancias magnéticas, toda la pesca– y aún habrá más, y parece que su cerebro funciona normalmente. No hay ninguna razón clínica para que no despierte.

–Cariño. –Saco del bolso el diario de Charlotte, lo abro y vuelvo a la página que ya me sé de memoria–. Por favor, no te enfades conmigo, pero... –Miro a mi hija para escrutar su expresión– ...encontré tu diario mientras ordenaba tu habitación ayer.

Nada. Ni un sonido, ni un parpadeo, ni un tic, ni la menor contracción. Y el electrocardiógrafo sigue emitiendo pitidos, bip, bip, bip. Naturalmente, es mentira, lo de haber encontrado su diario estos días. Lo encontré hace años, mientras le cambiaba las sábanas. Lo había escondido debajo del colchón, exactamente donde guardé yo mi diario de adolescente, hace muchísimos años. No lo había leído entonces, no tenía ningún motivo para ello. Pero ayer sí.

–En la última anotación –digo, deteniéndome para

humedecerme los labios, ya que la boca se me ha quedado repentinamente seca— hablas de un secreto.

Charlotte no dice nada.

—Decías que guardarlo te estaba matando.

Bip, bip, bip.

—¿Por eso...

Bip, bip, bip.

— ...te pusiste delante del autobús?

Nada todavía.

Brian llama accidente a lo sucedido y ha inventado varias teorías para apoyar esta convicción; Charlotte vio a una amiga al otro lado de la calle y la cruzó corriendo, sin mirar; quiso ayudar a un animal herido; tropezó y cayó cuando enviaba un mensaje con el móvil o quizá estaba en su propio mundo y no se dio cuenta de adónde iba.

Todo muy verosímil. Pero el conductor del autobús había contado a la policía que Charlotte lo había mirado a los ojos y entonces había echado a andar para ponerse en el camino del vehículo, deliberadamente. Brian cree que miente, que se cubre las espaldas porque perderá el empleo si lo culpan de imprudencia temeraria. Yo no.

Ayer, mientras Brian estaba en el trabajo y yo vigilando junto a la cama de Charlotte, pregunté a la

médico si le habían hecho una prueba de embarazo. Me miró con suspicacia y me preguntó por qué, ¿tenía algún motivo para creer que lo estaba? Respondí que no lo sabía, pero pensaba que aquello podía explicar un par de cosas. Esperé mientras consultaba sus notas. No, dijo, no estaba embarazada.

—Charlotte. —Acerco la silla para pegarla a la cama y enlazar los dedos con los de mi hija—. Nada de cuanto digas o hagas impedirá que siga queriéndote. Puedes decírmelo todo. Absolutamente todo.

Charlotte no dice nada.

—No me importa si se trata de ti, de alguna amiga tuya, de mí o de tu padre. —Hice una pausa—. ¿Tiene que ver con tu padre ese secreto? Apriétame los dedos si es así.

Contengo la respiración, rezando para que no los apriete.

Viernes 2, de septiembre de 1990

SON LAS SEIS MENOS veinte de la mañana, estoy sentada en la sala de estar con un vaso de tinto en una mano y un cigarrillo en la otra, preguntándome si es verdad todo lo que me ha ocurrido en las últimas ocho horas.

Finalmente llamé a James el miércoles por la noche, después de pasar una hora intentándolo en vano y bebiendo varios vasos de vino. El teléfono sonaba sin parar y pensaba ya que a lo mejor estaba fuera cuando respondieron.

—¿Sí?

Estaba tan nerviosa que apenas pude decir nada, pero entonces:

—Susan, ¿eres tú? Jolín. Menos mal que has llamado.

Su voz parecía distinta, más débil, entrecortada, como si también él estuviera nervioso y bromeé diciendo que parecía aliviado por tener noticias mías.

—Pues claro que sí —dijo—. Pensé que no ibas a llamarme después de lo que hice. Perdona, normalmente no soy tan gilipollas, pero es que me alegró tanto verte sola entre bastidores que yo... De todos modos, perdona. Fue una estupidez. Y debería haberme limitado a pedirte que salieras conmigo, como hacen las personas normales...

Lleno de confusión, dejó la frase sin terminar.

–La verdad –dije, sintiendo un súbito brote de afecto por él– es que me pareció divertido. Nadie hasta ahora me había arrojado una tarjeta comercial y gritado: «Llámame». Casi me sentí halagada.

–¿Halagada? Yo debería sentirme halagado. ¡Me has llamado! Es increíble –hizo una pausa–. Me llamas para quedar y tomar una copa, ¿no? ¿No me llamas para decirme que soy cretino total?

–Consideré esa posibilidad –dije riendo–, pero no, da la casualidad de que hoy tengo más sed de lo habitual y quería saber si me llevarías a cualquier parte a tomar una copa.

–Naturalmente que sí. Cuando quieras y a donde quieras. Y yo pago todas las consumiciones, incluso las caras. – También él se echó a reír–. Quiero demostrarte que no soy... bueno, dejaré que lo averigües tú misma. ¿Cuándo estás libre?

Sentí la tentación de decirle «ahora», pero me hice la indiferente, como me había ordenado Hels, y le sugerí el viernes por la noche (esta noche). James accedió inmediatamente y quedamos en encontrarnos en el Dublin Castle.

Antes de salir me probé docenas de vestidos y descarté inmediatamente cualquier cosa que me hiciera parecer o sentir gorda y sosa, pero no tuve necesidad de preocuparme. En cuanto estuve a su alcance, James tiró de mí y me

susurró al oído: «Estás preciosa». Iba a responderle cuando me soltó, me cogió la mano y dijo: «Hay algo sorprendente que quiero enseñarte» y me condujo fuera del pub, entre la multitud de juerguistas de Camden, luego por una travesía y finalmente al interior de un establecimiento donde vendían kebab. Lo miré con ojos interrogadores, pero murmuró «confía en mí», cruzamos una puerta y llegamos a la parte trasera del establecimiento. Esperaba ver la cocina o los lavabos. Por el contrario, estábamos en una sala oscura, llena de humo y con un ruido ensordecedor. James me señaló la banda de jazz de cuatro músicos que tocaba en el rincón de la sala y gritó: «Son los Grey Notes, el secreto mejor guardado de Londres». Me llevó a una mesa del rincón y me invitó a sentarme en una desvencijada silla de madera.

–Whisky –añadió–. No puedo escuchar jazz sin él. ¿Quieres otro?

Asentí con la cabeza, aunque no soy ninguna entusiasta, y encendí un cigarrillo mientras James se acercaba a la barra. Había tanta seguridad en su forma de moverse que resultaba casi hipnótica. Me había fijado la primera vez que lo había visto en el escenario.

James no podía ser más diferente de Nathan, mi ex novio. Mientras Nathan era delgado, con cara infantil y

apenas unos dedos más alto que yo, James mide uno noventa y tiene una solidez que hace que me sienta pequeña y delicada a su lado. Tiene la barbilla hendida como Kirk Douglas, pero su nariz es demasiado grande para ser un guapo tradicional; el pelo, de un rubio apagado, le cae todo el tiempo sobre los ojos, en los que hay algo inconstante, algo que me recuerda a Ralph Fiennes; en cierto momento son fríos y distantes y antes de que te des cuenta sonríen y bailan de excitación, formando arrugas en los rabillos.

En cuanto James volvió de la barra supe que pasaba algo. No dijo nada, pero cuando puso los vasos de whisky en la mesa, sus ojos corrieron al cigarrillo que tenía yo en la mano y lo comprendí al instante.

—Tú no fumas.

Negó con la cabeza.

—Mi padre murió de cáncer de pulmón.

Trató de excusarse, de decirme que si yo fumaba o no fumaba no era asunto suyo, pero el frunce de su frente desapareció en cuanto apagué el cigarrillo y la atmósfera se distendió en el acto. La banda tocaba tan fuerte que nos costaba oírnos por encima de los chillidos de la trompeta y de las improvisaciones del cantante. James acercó su silla a la mía para poder hablarnos con susurros al oído. Cada vez que se inclinaba hacia mí, su pierna se pegaba a la mía y

sentía su aliento en mi oído y en mi cuello. Fue una tortura sentir su cuerpo contra el mío, oler su punzante loción para después del afeitado y no tocarlo. Cuando ya creía que no iba a soportarlo ni un segundo más, puso la mano encima de la mía.

—Vamos a otra parte. Conozco el lugar más mágico de todos.

Antes de que tener tiempo de decirle «de acuerdo», saltó de su asiento y se dirigió a la barra. Un instante después volvía con una botella de champaña en una mano y dos copas y un paño en la otra. Arqueeé una ceja, pero se echó a reír.

—Ya lo verás —dijo.

Anduvimos una eternidad, esquivando a las muchedumbres de Camden, hasta que pasamos por delante de Chalk Farm. Yo no hacía más que preguntar adónde íbamos, pero James, que caminaba a mi lado, se limitaba a reír por toda respuesta. Finalmente dejamos de andar en la entrada de un parque y me puso una mano en el hombro. Pensé que iba a besarme. Pero me dijo que cerrase los ojos porque quería darme una sorpresa.

No estaba segura de qué podía ser tan asombroso en un parque a oscuras a las tantas de la madrugada, pero en cualquier caso accedí. Entonces sentí que algo pesado y la-

nudo me caía sobre los hombros y me sentí envuelta por algo cálido y de olor picante. James se había dado cuenta de que tiritaba y me había puesto su abrigo. Dejé que me condujera por la entrada y por la cuesta de la loma. Era un poco aterrador confiar en una persona a la que apenas conocía, pero también resultaba estimulante y extrañamente sensual. Cuando por fin nos detuvimos, me dijo que me estuviera quieta y esperase. Un par de segundos después me ayudó a sentarme en el suelo y sentí bajo los dedos la suavidad de una gastada manta de algodón.

—¿Preparada? —Noté que se movía hasta agacharse detrás de mí. Sus dedos me tocaron la cara y me acariciaron ligeramente los pómulos. Cuando adelantó las manos para taparme los ojos sentí un cosquilleo por la columna y me estremecí, a pesar del abrigo.

—Preparada —dije.

CAPÍTULO 2

Espero hasta que Brian se va a trabajar y entonces me pongo a revolver sus cosas. Hace frío en el cuarto ropero, voy descalza y siento el contacto de las baldosas en los pies, los grandes ventanales están empañados, pero no me detengo a coger unos calcetines del radiador que hay en el vestíbulo. Lejos de ello, meto las manos en los bolsillos de la chaqueta favorita de Brian. El perchero se balancea violentamente conforme paso de un bolsillo a otro, sacando el contenido y arrojándolo al suelo, ávida de encontrar pruebas.

Termino con la chaqueta y acabo de hundir las dos manos en los bolsillos de una sudadera de chándal cuando oigo un estrépito en la cocina.

Me quedo petrificada.

Tengo la mente en blanco, apagada, como si hubieran accionado un conmutador en mi cerebro, y estoy tan tiesa como el palo del perchero que hay a mi lado, respirando superficialmente, escuchando, esperando. Sé que debería moverme. Debería sacar las manos de

la prenda de Brian. Debería dar un puntapié al contenido de la chaqueta para esconder la prueba de que soy una esposa desconfiada, pero no me atrevo.

El corazón me late con tanta fuerza que el ruido parece llenar la habitación y en un instante me siento capatultada a veinte años antes. Tengo veintitrés, vivo en North London y estoy encogida en el armario; en la mano izquierda tengo una mochila llena de ropa y en la derecha un juego de llaves que he cogido de la chaqueta de otra persona. Si no respiro no me oirá. Si no respiro no sabrá que estoy a punto de...

—¿Brian? —La impresión de haber repetido una situación pasada desaparece cuando oigo un leve arañazo—. Brian, ¿eres tú?

Arrugo la frente y me esfuerzo por distinguir algo más que el rítmico pum–pum–pum de mi corazón, pero la casa ha vuelto a quedar sumida en el silencio.

—¿Brian?